

Observa cómo los judíos no hacían otra cosa, ni grande ni pequeña, sino asistir continuamente al templo. Como habían adelantado en la perfección, tenían también mayor reverencia al templo. Aún no los apartaban de allí los Apóstoles para no causarles daño. *Y partían el pan en sus casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando gracia a los ojos de todo el pueblo.* Cuando habla del pan me parece que se refiere al ayuno y al modo austero de vivir, pues ni del alimento usaban por puro placer ¹. Aprende por aquí, carísimo, que no es el placer sino el alimentarse lo que causa gozo. Los que se dedican a disfrutar del placer caen en tristeza; los que al contrario proceden viven gozosos.

¿Adviertes cómo la predicación de Pedro introdujo la templanza? No puede haber alegría sino en la sencillez. Preguntarás: *¿cómo hallaban gracia delante de todo el pueblo?* Por lo que hacían y mediante las limosnas que repartían. No te fijas en que los príncipes de los sacerdotes se levantaban por envidia contra ellos, sino en que *hallaban gracia a los ojos de todo el pueblo. Y el Señor hacía crecer, día a día, la Iglesia y el número de los que hallaban la salvación. Y todos los creyentes vivían unánimes.* De modo que la concordia en todas partes es buena. *Y con muchas otras palabras daba testimonio.* Declara con esto que no bastó con lo que Pedro les dijo en aquel día para llevarlos a la fe, o también que lo dicho en aquel día fue para llevarlos a la fe, y lo que después les siguió diciendo fue para instruirlos en cómo deben ser los fieles.

Y no dijo en la cruz, sino: *Sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.* No les recuerda con frecuencia la cruz para no parecer que los reprende, sino que les dice sencillamente: *Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, en remisión de sus pecados.* Aquí se cambian las leyes de los juicios, pues, conforme a la doctrina que se predicaba, cuando el pecador confiesa su pecado es cuando se salva. Observa cómo Pedro no pasó en silencio lo que es más aún, pues habiendo hablado del don, añadió: *Recibiréis el don del Espíritu Santo.* Por los que ya lo habían recibido se hacen creíbles las palabras de Pedro. Desde luego dice lo que es fácil y lleva consigo el gran don, y después da las reglas para bien vivir, sabiendo que después tendrán oportunidad de una instrucción más a fondo, tras de que hayan gustado bienes tan grandes.

Y pues anhelaban los oyentes conocer en tan largos discursos cuál era el punto central, también esto lo declara y dice ser el don del

Espíritu Santo. Oyéndolo ellos, alabaron lo que decía, aunque les causaba no pequeño temor y dieron su asentimiento y se acercaron al bautismo. Pero repitamos lo ya dicho. Dice: *Se entregaban con perseverancia a recibir la instrucción*. Se ve por aquí que fueron instruidos no en uno ni en dos o tres días, sino durante muchos días, pues se logró que cambiaran su modo de vivir.

Todos los miraban con temor reverencial. Si todos, luego también los que no habían creído. Es verosímil que eso les aconteciera porque veían tan grande cambio en las costumbres, o también por los milagros. Y no dijo que vivieran juntos, sino *unánimes*. Porque puede suceder que algunos vivan juntos pero no unánimes, sino con diversos pareceres. Y *con discursos los exhortaba*. No se alude aquí a la enseñanza, porque usa el autor de abreviación y compendio. Pero puede de aquí colegirse que los Apóstoles les suministraban el alimento espiritual como se hace con los niños, y que los fieles rápidamente se convirtieron como en ángeles. Y *lo distribuían entre todos, dando a cada uno según su necesidad*. Veían que en lo espiritual todo era común y que ninguno tenía más que otro, y por aquí llegaron pronto a distribuir cada cual lo suyo entre todos.

Y todos los fieles vivían unidos. Es claro que no se trata de que vivieran en un mismo sitio, por lo que sigue: *Y lo tenían todo en común*. Dice *todos*, o sea que no sucedía que uno tuviera y otro no. Era aquello una república de ángeles en la que no había nada propio. Por aquí se cortó la raíz de todos los males, y con los hechos demostraron que habían entendido los discursos. Es lo que Pedro les decía: *¡Salvos de esta generación perversa! Y aquel día quedaron agregadas unas tres mil personas*. Siendo ya tres mil, los intruían fuera de sus casas y cada día muy confiadamente subían al templo y eran asiduos en la asistencia. También Pedro y Juan poco después siguieron esta práctica, porque aún no había persecución de parte de los judíos, y el honor hecho al templo redundaba en honor del Señor del templo.

¿Has advertido el crecimiento en la piedad? Echaban de sí los dineros, vivían gozosos, era grande su alegría; pero eran mayores los bienes que recibían. Nadie ultrajaba a otros; nadie envidiaba a otros; no había lujos; no había menosprecio; creían deber ser instruidos como niños; eran como infantes nacidos poco tiempo hacía. Mas ¿por qué echó mano de una imagen oscura? Si recordáis cómo andaban todos atónitos cuando Dios sacudió nuestra ciudad ², pues así andaban

aquellos. Nadie había malamente astuto, nadie malvado. Tal es el efecto del temor, tal el de la angustia. No existía aquella fría palabra de mío y tuyo. Por lo cual la comida era con alegría. Nadie pensaba si comía de lo propio o de lo ajeno, aun cuando esto parezca un enigma*.

No pensaban que los bienes de los hermanos eran ajenos, pues eran como señores de ellos; ni tampoco que eran propios, pues eran de los hermanos. Ni el pobre sufría vergüenza, ni el rico se hinchaba. Y esto es lo que produce alegría. El rico procedía como si se le hiciera un beneficio, y el pobre como si con eso se le aumentara su gloria, y andaban entre sí estrechamente unidos. Suele en la distribución de dineros haber injurias, arrogancia, enojos. Motivo por el que Pablo aconsejaba que para dar se hiciera: *No con displicencia ni a la fuerza*³.

¿Observas cuántas virtudes testifica de ellos? Fe sincera, vida ordenada, perseverancia en atender los sermones y en las oraciones, y con templanza y alegría. Dos cosas había que podían entristecerlos: el ayuno y el dispendio de las riquezas. Pero ellos de ambas cosas sacaban alegría. A hombres así dispuestos ¿quién no los tendría por padres comunes? Ninguno hacía mal a otro, todo lo encomendaban a la Gracia de Dios. Ningún temor acometía a quienes se encontraban en medio de peligros. Por medio de semejante sencillez, declaró Lucas todas las virtudes de ellos: el desprecio de las riquezas, el ayuno, la perseverancia en la oración mucho mayor. Con tal pureza alababan a Dios, o por mejor decir, esto es alabar puramente a Dios.

Advierte cómo al punto reciben el premio, pues el hallar gracia delante de todo el pueblo prueba que eran amables y que mucho se les amaba. En efecto: ¿quién no se queda estupefacto y lleno de admiración ante un hombre de costumbres sencillas? ¿Quién no se siente unido en amistad con un hombre en quien no hay dolor? ¿A quiénes sino a éstos pertenecen la salud y los grandes bienes? ¿No fueron acaso unos pastores los primeros en recibir el Evangelio? ¿Acaso José no era un varón sencillo hasta el punto de no hacer nada malo, ni aun atemorizado con la interpuesta sospecha de adulterio? ¿Acaso no eligió Dios a hombres campesinos sencillos?

Dice la Escritura: *Toda alma sencilla será colmada de bienes*. Y también: *Quien camina con sencillez va seguro*⁴. Responderá: ¡Bien está eso! Pero se necesita prudencia. Mas ¿qué otra cosa es la sencillez sino una prudencia? Si tú nada malo sospechas, tampoco harás

nada malo; si nada llevas pesadamente, tampoco serás rencoroso. ¿Te injuria alguno? No te dueles. ¿Habla mal de ti? Nada padeces. ¿Te envidia? No lo llevas a mal. En verdad que la sencillez es un camino para la sabiduría.

Nadie tiene tan gran hermosura interior como el hombre sencillo. Así como en lo corporal, con andar triste, cabizbajo, meditabundo, se pierde mucho de la belleza; y en cambio el que anda alegre y sonriente acrecienta su belleza, así sucede en el alma. El que es doblado, aun cuando cuente con muchas buenas obras, las echa a perder; y al contrario le pasa al que es sencillo y anda sin preocupaciones. A un hombre como éste cualquiera lo toma como amigo; y si es enemigo, desde luego se le reconcilia. Pues para un hombre así no se necesitan guardias ni prevenciones, porque todos sus compañeros están seguros.

Preguntarás: bueno, pero ¿qué si este hombre va a dar entre perversos? Dios, que nos ha ordenado ser sencillos, nos alargará la mano. ¿Quién más sencillo que David? ¿quién más injusto que Saúl? Y ¿cuál de los dos salió vendedor? ¿Qué sucedió en el caso de José? ¿No se acercó a su ama con sencillez, mientras que ella procedía con doblez y dolosamente? Pregunto: ¿en qué salió dañado? ¿Quién más sencillo que Abel? ¿quién más criminal que Caín? Y volviendo a José, ¿acaso no trató con sencillez con sus hermanos? ¿No fue esclarecido precisamente por todo lo que dijo e hizo sin doblez, mientras que ellos lo recibieron con ánimo maligno? Les declaró su sueño una vez y luego otro sueño, y sin preocupación fue a llevarles alimentos, poniéndolo todo en las manos de Dios. Cuanto más lo trataban como a enemigo, tanto más los trataba él como a hermanos. Podía Dios no permitir que cayera en las manos de ellos, pero lo permitió para que luego brillara el milagro, y se viera que cuando más se esforzaban ellos en su contra, tanto más aparecía él como superior a ellos.

De modo que el hombre sencillo, aun cuando reciba alguna herida, no la recibe causándosela a sí mismo, sino de mano ajena. En cambio, el perverso se hiere a sí mismo y a nadie más, y se convierte en su propio enemigo. Por otra parte, este tal lleva el alma continuamente llena de tristeza, pues andan sus suspicacias encadenadas unas con otras. Si se oye o se dice algo, lo echa a mala parte, y todo lo recrimina. Lejos están de hombres tales la amistad y la concordia, y reinan entre ellos las querellas, las enemistades, las molestias: entre sí mismos se tornan suspicaces. Ni el sueño ni otra cosa alguna les resulta suave.

Si son casados ¡válgame Dios! de todos se vuelven adversarios y enemigos: zelotipias sin cuento, miedos perpetuos. El malo se llama malo por el trabajo malo que sufre. De aquí que la Escritura al trabajo lo llame *malicia*, como cuando dice: *Bajo su lengua, sólo malicia e iniquidad* ⁵. Y también: *Y la mayor parte de ellos, son trabajo y dolor* ⁶. Y si alguno se admira de que allá a los principios así fueran los fieles y ahora ya no lo sean, sepa que la causa fue la tribulación, que es maestra de la sabiduría y madre de la piedad. Allá cuando se echaban de en medio los dineros, no había perversidad.

Dirás: ¡bien está eso! Pero precisamente eso es lo que pregunto: ¿de dónde se ha originado al presente tan gran malicia? ¿Cómo fue que aquellos tres mil y cinco mil abrazaron tan rápidamente la virtud y así llegaron a la prudencia, mientras que ahora apenas si se encuentra alguno que sea así? ¿Por qué entonces vivían concordes? ¿Qué era lo que daba agilidad para la virtud y así los despertaba? ¿Qué fue lo que los inflamó en santos deseos? Fue que procedían con grande piedad; que no había puestos honrosos como ahora; que levantaron su mente a las cosas futuras y de las presentes ninguna esperaban.

Esto es lo propio de una alma inflamada en santos deseos: anhela vivir en estrecheces. Esto pensaban ellos ser lo verdaderamente cristiano. Nosotros no pensamos así, sino que buscamos una vida cómoda y fácil. Por esto no la logramos ni aun en oportunidades en que pudiéramos lograrla. Aquellos se preguntaban a sí mismos: *Pues ¿qué haremos?*, condenando sus propios proceder. Nosotros, por el contrario, nos preguntamos: *¿Qué haremos?*, pero es traficando con las cosas de la vida presente y enorgullecidos. Aquéllos cumplían sus deberes, nosotros no. Aquéllos condenaban sus propios proceder y andaban ansiosos de su salvación. Por esos caminos llegaron a ser lo que fueron. Conocieron el don que habían recibido.

Pero vosotros, que hacéis todo lo contrario, ¿cómo podéis asemejaros a ellos? Aquéllos en cuanto oyeron a Pedro se bautizaron y no dijeron esas frías expresiones que ahora nosotros usamos, ni dieron largas al negocio, a pesar de que no todos habían escuchado los preceptos, sino únicamente aquella palabra: *¡Salvaos de esta generación perversa!* No fueron perezosos, sino que obedecieron y aceptaron lo que se les decía y mostraron por las obras haberlo aceptado, y así mostraron lo que eran. Entraron al punto en el certamen, despojándose de sus vestidos; pero nosotros queremos competir sin dejar los nuestros. De donde se sigue que nuestro competidor ningún trabajo

encuentra en vencernos, porque nosotros mismos, enredados en las ropas, con frecuencia rodamos por el suelo. Procedemos como si alguno, teniendo delante a un atleta cubierto de polvo, denegrido, sin ropas, lleno de lodo a causa de la arena y el calor, ungido en óleo, de sudor y de barro, se pone a luchar con él, rezumando fragantes ungüentos, con vestidos de seda, con calzado de oro, con túnica que cae en ondas hasta los talones y coronada la cabeza con áureos adornos.

Quien en tal forma entra al certamen, no solamente se encontrará impedido, sino que por andar cuidadoso de que no se le manchen ni se le rompan sus telas, caerá por tierra al primer encuentro, y sufrirá lo que desde el comienzo temía: ser herido en partes mortales. Tiempo es ahora de entrar al certamen, ¿y tú te adornas como para una pompa y procesión? ¿Cómo podrás vencer? No te fijes en lo exterior, sino en lo interior. Pues con las cosas exteriores el alma se encuentra ceñida de cuidados, como de unas cadenas pesadas que no permiten levantar las manos ni alzarlas contra el enemigo, y nos tornan muelles y delicados.

¡Ojalá, libres de eso exterior, podamos vencer a las perversas posteadas demoníacas! Por tal motivo Cristo, como si no fuera suficiente con echar de sí las riquezas, mira lo que dice: *Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme* ⁷. Pues bien, si dejadas las riquezas aún no estamos seguros, sino que necesitamos de nuevo arte y diligencias, con mucha mayor razón si las retenemos: nada grande llevaremos a cabo, sino que haremos el ridículo ante los espectadores y ante el mismo maligno adversario. Aun cuando no existiera el diablo, aun cuando nadie nos combatiera, por muchos caminos las riquezas llevan al avaro a la gehena. ¿Dónde están ahora, pregunto, los que dicen: por qué existe el diablo? En nuestro caso nada hace el diablo: ¡todo lo hacemos nosotros! Semejante pregunta la debían hacer los que habitan en los montes y guardan continencia y desprecian las riquezas y las demás cosas del siglo, y gustosísimos han abandonado padres, casas, campos, esposas e hijos. Pero precisamente son ellos los que nada de eso preguntan, y en cambio lo preguntan quienes nunca jamás debieron expresarse de semejante manera. Eso sí que son certámenes del diablo, a los cuales ni siquiera es digno que descendamos.

Pero dirás: el diablo es el que infunde la codicia de riquezas. ¡Huye de ella, oh hombre, y no la admitas! Si tú vieras a uno que desde un balcón está lanzando lodo, y a otro que, viendo que las

pellas son lanzadas contra él, permanece sin moverse y las recibe en plena cabeza, no sólo no lo compadecerías, sino que te indignarías y dirías que justamente lo padece; y todos le gritarían: ¡No seas estulto! De manera que no recriminarían tanto al que arroja las pellas como al que las recibe.

Sabes ya que la codicia de las riquezas procede del demonio, sabes que éste es el autor de males sin número; pero ¿ignoras que semejante inmundicia la recibes a cabeza descubierta, cuando lo conveniente sería evitarla con sólo inclinarse un poco? Así como en el ejemplo, si el otro se apartara del sitio se libraría del lodo, así tú no des entrada a esos pensamientos, y así evitarás el pecado: ¡rechaza la codicia!

Preguntarás: ¿cómo la rechazaré? Si fueras gentil y sólo miraras a las cosas presentes, quizá te fuera difícil, aunque no faltan gentiles que las rechazaron. Pero tú, que esperas los bienes del cielo, ¿preguntas cómo las rechazarás? Si yo hubiera dicho lo contrario, entonces sí cabría la duda. Si yo dijera: codicia las riquezas, me responderías: ¿Cómo puedo codiciarlas viendo lo que son? Dime: si te pusieran delante oro y piedras preciosas y yo te aconsejara: ¡codicia el plomo! ¿dudarías? Sin duda que dirías: ¿Cómo puedo yo codiciar eso? En cambio, si yo te dijera: No codicies eso, la cosa te sería más fácil.

Yo no me admiro de quienes desprecian las riquezas, sino de quienes no las desprecian. Porque esto es propio de una alma totalmente desidiosa y que en nada difiere de las moscas, los mosquitos, los reptiles; es propio de una alma que se revuelca en el lodo y nada grande piensa. ¿Qué es lo que dices? Vas a recibir en herencia la vida eterna y dices: ¿Cómo despreciar la vida presente por esa otra? ¿Pueden acaso compararse ambas? Vas a recibir vestiduras regias y dices: ¿Cómo despreciar los andrajos? Vas a entrar al palacio y dices: ¿Cómo voy a despreciar este tugurio miserable?

Verdaderamente que somos nosotros siempre la causa de nuestros males, pues no queremos enfervorizarnos un poco siquiera. Los que quisieron pudieron proceder y procedieron correctamente, y lo hicieron con gran facilidad y fervor. Ojalá que vosotros, persuadidos por nuestras exhortaciones, procedáis correctamente y seáis imitados de aquellos que preclaramente se portaron, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder, y el honor, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Hay un juego de palabras: *trofés gâr, ov trifés metelâmbanon* = tomaban alimento, no placer. Los autores en la actualidad están acordes en que no se trata simplemente del diario alimento, sino del Pan eucarístico.
2. Alusión dudosa al terremoto registrado en Constantinopla entre el 400 y el 401.
 - * Aquello no era comunismo, porque era una asociación privada, como lo son las Ordenes religiosas en que todo se posee en común (S.A.).
3. II Cor. IX, 7.
4. Prov. XI, 25 y X 9.
5. Salmo IX, 7.
6. Salmo LXXXIX, 10.
7. Marc. X, 21.

HOMILIA VIII

*Pedro y Juan subían al templo, a la hora nona,
hora de la oración
(Hechos III, 1)¹*

SE VE POR TODOS los pasajes que estos dos Apóstoles tenían entre sí gran concordia. A éste hizo Pedro y ambos corrieron al sepulcro; y Pedro preguntaba a Cristo acerca de Juan: *Y éste ¿qué?* ². El autor de este Libro de los Hechos pasó en silencio muchos milagros; pero en cambio refirió uno que a todos los llenó de estupor y admiración. Advierte que estos dos Apóstoles no subieron al templo habiéndose puesto de acuerdo de antemano: tan lejos estaban de toda ostentación. Y en esto imitaban al Maestro.

Mas ¿por qué subieron al templo? ¿Vivían aún a lo judío? De ninguna manera. Sin embargo, útilmente lo hacen. Pues nuevamente va a obrarse un milagro que a ellos los confirma y a otros los atrae. Un milagro, digo, tal que hasta entonces ellos no lo habían obrado. Se trataba de una enfermedad natural y rebelde al arte de la medicina. Más aún, se trataba de un hombre cojo desde hacía cuarenta años, como luego se declara; y en tan largo lapso nadie había podido curarlo. Ya sabéis vosotros que estas deficiencias naturales son más difíciles de curar. Tan grave era su enfermedad que ni siquiera podía procurarse el alimento necesario. Era muy conocido, así por el sitio en donde estaba, como por la enfermedad que padecía. Escucha cómo era eso.

Había un hombre cojo desde su nacimiento, al que todos los días llevaban y ponían junto a la puerta del templo llamada Hermosa, para pedir limosna a los que entraban en el templo. De modo que pedía limosna y no conocía a los Apóstoles. El, en cuanto vio a Pedro y a Juan que iban a penetrar en el templo, les pidió que le dieran

limosna. Pedro y Juan, mientras lo miraban atentamente, le dijeron: ¡Míranos! el hombre oyó esto, pero no se levantó, sino que permanecía en actitud de quien insiste en pedir. Así es la pobreza: insta a quienes se niegan a darle y los obliga. Avergoncémonos nosotros, que rehuimos tales peticiones. Observa cuán presto demuestra Pedro su mansedumbre, diciendo: ¡Míranos! Por aquí su presentación y su figura misma revelaban sus costumbres. Y él clavaba los ojos en ellos, esperando recibir algo. Mas Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te doy.

No le dijo: Te doy algo mucho más precioso que el oro, sino ¿qué?: *En el nombre de Jesucristo Nazareno, ponte a caminar. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó.* Lo mismo hacía Cristo, quien con frecuencia tendió la mano a los más débiles en la fe, y para que no pareciera que la curación era espontánea y natural. *Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó.* Esto confirmó la Resurrección del Señor, pues fue aquello una imagen de la Resurrección. *Y a punto se le consolidaron las plantas de los pies y los tobillos. Y de un brinco se puso en pie y caminaba.* Quizá hacía experiencia de sí mismo y una prueba mayor del milagro, para ver que aquello no era una ilusión vana. Sus pies estaban débiles solamente, pero no mutilados. Otros dicen que así lo hacía porque no sabía andar.

Y entró con ellos en el templo caminando. En verdad que era aquella cosa digna de admiración. No lo van llevando ellos, sino que él va detrás; y con seguirlos los manifiesta como bienhechores; y con andar va alabando a Dios y no alabando a los Apóstoles, pues por medio de ellos Dios había obrado el milagro. Pero repitamos ya lo anterior. Quizá al tiempo en que los Apóstoles entraban al templo, los que cargaban al cojo lo depositaron en aquel sitio, pues era la hora de mayor concurso al templo. Y para que nadie piense que por otros motivos fue llevado al templo y no para recibir limosna, mira cuán claramente lo indica el autor diciendo: *Lo ponían allí para que recibiera limosna de los que entraban en el templo.* Y para prueba de verdad en lo que escribe, hace referencia al lugar.

Preguntarás: ¿Por qué no llevaron este hombre a Cristo? Quizá los que asistían en el templo eran incrédulos, pues tampoco lo llevaron a los Apóstoles, cuando los vieron entrar; y esto después de tantos milagros. *Suplicaba para recibir limosna.* Quizá por su presencia misma los juzgó varones piadosos; por esto los detuvo. ¿Adviertes cómo Juan siempre guarda silencio y cómo Pedro habla en su lugar?

Y dice: *Plata y oro yo no tengo*. No dijo: Yo no tengo aquí, como solemos decir nosotros; sino en absoluto: *No tengo*.

¿Qué hace el cojo? Parece como si dijera: ¿De modo que a mí, suplicante, me desprecias? No, dice Pedro. Pero recibe de lo que yo poseo. ¿Adviertes cuán lejos de la presunción se halla Pedro, y cómo no hace ostentación ni aun delante del que va a recibir de él el beneficio? Aquí todo lo llevaron a cabo la boca y las manos. Por lo demás, así eran los judíos: cuando lo que convenía pedir era la salud, preferían, tendidos por tierra, pedir dinero: ¡frecuentaban el templo con el fin de enriquecerse! ¿Qué hace Pedro? No lo despreció; no buscó a uno que fuera rico. No dijo: Si no se verifica en él un milagro, nada grande habrá sucedido. No buscó que el cojo lo honrara. No lo curó en presencia de algunos, pues estaba el cojo en la entrada y no dentro entre la multitud.

Pedro nada de eso investigó, ni se puso a predicar, sino que atrajo al cojo con solo su porte a pedirle limosna. Y es cosa de grande admiración que el cojo al punto creyó en las palabras de Pedro. Los que quedan libres de enfermedades consuetudinarias, con dificultad creen aun lo que ven. El cojo, una vez sanado, no se apartaba de los Apóstoles y daba gracias a Dios. Dice Lucas. *Y entró con ellos al templo caminando y saltando y alabando a Dios*. Observa cómo no permanece quieto, tanto por la alegría como para cerrar la boca de los judíos. Yo pienso que él daba saltos para que se viera que no era ilusoria la curación; pues ciertamente no podía fingir los saltos. De modo que aquel que de ninguna manera podía andar, ni aun acosado por el hambre, y que tampoco habría querido compartir las limosnas con los que lo cargaban si él hubiera podido andar, mucho menos podía simular salud en esa ocasión. ¿Ni para qué iba a simularla en gracia de quienes no le habían dado limosna?

Era el cojo varón agradecido, aun después de haber alcanzado la salud. Se muestra fiel así por la acción de gracias como por lo sucedido. No era conocido de todos; pero ahora, al verlo saltar, sí reconocían que era el cojo. *Todo el pueblo lo vio caminar y lo oyó alabar a Dios. Y lo reconocían como el mismo que se sentaba a pedir limosna junto a la puerta del templo llamada Hermosa*. Con exactitud dice: *Lo reconocían*, pues usamos esa palabra *epigignoskein* para designar a quienes con dificultad nos son conocidos.

Era, pues, necesario creer que el nombre de Cristo remitía los pecados, ya que obraba tan grandes milagros. *Y mientras el sanado*

continuaba asido a Pedro y a Juan, corrió todo el pueblo, fuera de sí, al pórtico llamado de Salomón. Por amistad y gratitud el cojo no se separaba de los Apóstoles, tal vez también dándoles gracias y alabándolos. *Y corría, dice, todo el pueblo.* Y Pedro, al ver al gentío, les dijo. De nuevo es él quien obra y predica. Anteriormente los excitó cuando oyeron el milagro de las lenguas; ahora los excita con este otro milagro. Entonces Pedro comenzó por el crimen de ellos; ahora comienza por lo que ellos están pensando. Veamos en qué difieren ambos discursos y en qué concuerdan.

Aquél tuvo lugar dentro de la casa, cuando aún nadie se les había juntado ni ellos habían obrado prodigios ningunos. Este otro es delante de todos estupefactos y estando presente el hombre que había recibido la salud, y sin que nadie dudara como anteriormente cuando algunos afirmaban y decían: *Estos están llenos de mosto.* Entonces Pedro habló rodeado de todos los Apóstoles; ahora sólo está presente Juan. Y Pedro se expresa ya con mayor atrevimiento y vehemencia.

Es propio esto de la virtud: que en cuanto comienza, en seguida avanza y crece y no se detiene. Advierte la providencia de Dios en que el milagro se verifique en el templo, para que también los demás oyentes confíen. Porque el milagro no se hizo en un rincón ni a ocultas, y ni siquiera en el interior del templo en donde se encontraba una gran multitud. Preguntarás: ¿cómo sucedió que se le diera fe al milagro? Porque el mismo que había recibido el beneficio lo publicaba. No podía mentir, ni se puso de acuerdo oyendo a otros. Ciertamente, como si se encontraran en una región apartada, así obraron ellos el milagro, o como en un lugar desierto. Pero mira lo que sucede. A una cosa van los Apóstoles y otra es la que hacen. Lo mismo fue en el caso del centurión Cornelio: unas cosas suplicaba en su ayuno y otras fueron las que vio. Hasta ahora los Apóstoles invocan a Cristo el Nazareno siempre. Pues dice Lucas: *En el nombre de Jesucristo el Nazareno, ponte en pie y camina.* Fue porque al principio lo que Pedro buscaba era que se le creyera.

Pero no nos fatiguemos ya desde el principio del discurso. Y aunque deje la materia en habiendo referido el suceso, nosotros volvamos al principio. Si nos hallamos bien dispuestos, muy pronto llegaremos al término y tocaremos la cima. Pues dicen que el empeño engendra empeño y la desidia engendra desidia. Quien ha llevado a cabo felizmente algo de no mucho valor, luego entra confiadamente y acomete algo mayor, y pasa adelante. Sucede como con el fuego:

cuantos más leños inflama, más vehemente se hace. Del mismo modo el ánimo fervoroso: cuantos más pensamientos piadosos suscita tanto más fuertemente se arma para el resto.

Pongamos un ejemplo. Permanecen en nuestro interior a manera de espinas el perjurio, la mentira, la simulación, el dolo, la perversidad, las afrentas, las burlas, las risotadas, las palabras torpes, las payasadas; y además, por otra parte, la avaricia, la rapiña, la injusticia, la falsa delación, las asechanzas; y todavía más la mala concupiscencia, la impureza, la lascivia, la fornicación, el adulterio; y encima de todas ellas, la envidia, la zelotipia, la ira, la cólera, el rencor, la venganza, la blasfemia y otros infinitos vicios semejantes. Pues bien, si enderezamos y corregimos los primeros, tras de éstos podremos ir enderezando los demás, porque el alma se va robusteciendo y haciendo más vigorosa para arrancar los demás vicios. Me explico: quien mucho ha jurado, si quita esa satánica costumbre, no solamente ha corregido ese vicio sino que ya ha conseguido algo más en la piedad. Porque ninguno de los que no juran querrá fácilmente cometer otro pecado, pues tendrá reverencia a la virtud que ya ha conseguido. Le sucederá lo que a quien anda cubierto con una bella vestidura, que se avergüenza de revolcarse en el lodo.

Y por ese camino llega a no irritarse, a no golpear a otros, a no injuriar. De manera que si corrige bien lo poco, ya ha logrado todo. Mas con frecuencia sucede lo contrario; o sea que quienes han corregido algo, por desidia reinciden en lo mismo, de manera que ya casi no tienen enmienda para adelante. Por ejemplo: nos hemos puesto a nosotros mismos la ley de no jurar; la hemos observado durante tres o cuatro días; pero en seguida, porque nos molesta una cosa cualquiera, todo lo echamos a perder, y finalmente nos abandonamos a la pereza y acabamos por desesperar de la enmienda hasta el punto de abandonar totalmente la lucha. Con razón. Pues quien va edificando, si ve derribado el edificio, se vuelve tardo para de nuevo edificar. Sin embargo, ni aun en ese caso, a pesar de todo, conviene proceder con desidia, sino empeñosamente comenzar de nuevo.

Impongámonos diariamente leyes y comencemos por lo más fácil. Cortemos la frecuencia en los juramentos y pongamos un freno a la lengua: que nadie jure por el nombre de Dios. No hay en esto gastos que hacer, no es trabajoso, no necesita largas meditaciones. Basta con querer y todo está hecho. ¡Sí, os lo ruego! Pongamos todo empeño. Dime: si yo te pidiera que me ayudaras con dinero ¿acaso no cada

cual prontamente según sus fuerzas lo aprontaría? Si me vieras puesto en extremo peligro ¿acaso no me daríais, si fuera posible, aun pedazos de vuestra carne? Pues bien: ahora yo me encuentro en sumo peligro y me duelo más que si estuviera encarcelado o hubiera recibido infinitos azotes o me hallara condenado a trabajo de las minas. ¡Ea, auxiliadme! Pensad cuán grave peligro es que no podáis llevar a cabo ni aun eso poco (por lo que hace al trabajo, digo). En efecto, cuando se me acusa ante el tribunal divino ¿qué responderé? ¿Por qué no exhortaste? ¿Por qué no corregiste? ¿Por qué no imperaste? ¿Por qué no lo impusiste como ley? ¿Por qué no castigaste a los desobedientes?

No me bastará con responder: ¡Amonesté! Pues se me dirá que era necesaria una más vehemente increpación. También Elí amonestaba... ¡Pero lejos de mí compararos con los hijos de Elí! El amonestaba y decía: *¡No, hijos míos! ¡no procedáis así! ¡los rumores que oigo no son buenos!* ³. Pero la Escritura continúa y dice que él no amonestó a sus hijos. Lo dice porque amonestaba sin acritud, los reñía sin severidad. ¿Cómo no ha de ser absurdo que en las sinagogas de los judíos fueran tan severas las leyes, y que el doctor impusiera que se llevara a cabo todo cuanto enseñaba; y que en cambio ahora nosotros los maestros andemos tan despreciados y desechados?

No procuro yo mi gloria. Mi gloria es vuestra vida virtuosa. Yo procuro vuestra salvación. Día por día clamo, gritamos a vuestros oídos, pero nadie nos oye, aun cuando en realidad no nos excedemos en la vehemencia. Temo no sea que en aquel día futuro tenga yo que dar cuenta de mi indulgencia inoportuna y excesiva. Por tal motivo, con claras y altas voces predigo y testifico a todos que quienes hablan ese lenguaje del demonio, pues eso es la blasfemia, y en semejante forma pecan, no se atrevan a tocar los dinteles de la iglesia. Y quede este mes como plazo improrrogable para que os enmendéis.

No me alegues que los negocios te fuerzan y obligan de necesidad a blasfemar, que porque de otro modo no se te cree. Por de pronto quita esos juramentos que nacen de una costumbre adquirida. Yo se que no faltarán quienes se burlen de nosotros; pero mejor es ser ahora burlados que no después abrasados por el fuego. Por otra parte, serán los necios quienes se burlen. Porque yo pregunto: ¿quién que no esté loco se burlará de que se guarde este mandamiento? Y si se burlan no será de vosotros, sino de Cristo. ¿Os habéis horrorizado de esta palabra? ¡Lo se bien! Pero si yo fuera el introductor de ley semejante, la risa recaería sobre mí. Mas, si es otro el legislador, la burla cae sobre

él. También en otro tiempo fue escupido, herido en la mejilla, golpeado a bofetadas. Y lo mismo sufre ahora, y nada distinto. Por esto está preparada la gehena. Por esto está preparado el gusano que nunca muere.

De nuevo lo testifico y lo repito. El que quiera, que se ría; que se burle el que quiera. Para eso estamos en este puesto: para ser burlados y mofados y sufrirlo todo. *Somos raeduras de este mundo* ⁴, según la expresión del bienaventurado Pablo. Si alguno no quisiera cumplir con este mandato, yo, con mi voz como con una trompeta de heraldo, le prohíbo traspasar los dinteles de la iglesia, ya sea príncipe, ya la persona misma del que porta diadema. O si no, derribadme de esta dignidad episcopal. Pero si he de permanecer en ella, no me arrojéis al peligro. Yo no me atreveré a subir a este trono sino hago algo grande por Dios. Y si esto no me es posible, prefiero estar allá abajo entre el pueblo. Pues nada hay más mísero que aquel que preside sin traer utilidad alguna a los súbditos.

Esforzaos lo más que podáis. ¡Os exhorto, y poned atención! O mejor decir, esforcémonos todos con todas nuestras fuerzas, que algo en absoluto se logrará. Ayunad, suplicad al Señor y también nosotros lo haremos, para que se destierre esta perniciosa costumbre. No hay honor más grande que ser maestros del orbe. Y no será poco si en el orbe todo se sabe que en esta ciudad nadie hay que jure. Si esto se logra, recibiréis no únicamente la recompensa de vuestras buenas obras, sino además la del cuidado que habéis tenido de vuestros hermanos, pues lo que yo soy ahora para vosotros, eso seréis vosotros para todo el orbe. Entonces todos os imitarán y envidiarán y seréis plenamente lámpara encendida y puesta sobre el candil.

Preguntarás: ¿Eso es todo? No es todo. Es solamente el principio de otros bienes. El que no jura, quiéralo o no, llevado de la vergüenza o del temor, subirá otro escalón en la piedad. Instarás: pero hay muchos que no perseverarán y volverán atrás. Dice la Escritura: *Mejor es uno que hace la voluntad de Dios que mil perversos* ⁵. Con semejantes excusas, todo se ha trastornado y revuelto, pues, como sucede en los teatros, andamos tras de la muchedumbre, pero no tras de la muchedumbre de los probos y virtuosos.

Yo pregunto: ¿en qué puede aprovecharnos la turba? ¿Quieres ver cómo la hueste selecta es la de los santos y no la chusma del vulgo? Saca tú a la guerra cien miríadas de vulgo y solamente un santo. Veamos quién lleva a cabo más numerosas hazañas. Salió a la guerra

Josué, el de Nave; y él solo la terminó, de modo que los demás de nada sirvieron. La multitud que no hace la voluntad de Dios, carísimo, viene siendo como si no existiera. Os ruego, pues, y lo anhele y con gusto me dejaría hacer pedazos por ello, que la iglesia se adorne con una multitud, pero multitud de almas rectas y buenas. ¿No veis que es mucho mejor tener un solo ojo pero sano, que con ese ojo ciego abundar en gordas carnes? ¿No veis que es mejor poseer una sola oveja sana que mil llenas de roña? ¿No veis que es mejor tener pocos hijos pero buenos que tener muchos pero malvados? ¿Ignoráis acaso que pocos van al Reino y muchos a la gehena?

¿Qué tengo yo que ver con la chusma? ¿qué utilidad proporciona ella? ¡Ninguna! Al revés, resulta perniciosa para otros. Es lo mismo que si alguno, pudiendo tener diez hombres sanos o mil enfermos, junta los sanos con los enfermos. Esos muchos perversos solamente nos acarrearán sufrimientos futuros y penas presentes e ignominia. Nadie se fijará en que somos muchos, sino que nos reprenderá como inútiles. Esto es lo que nos responden siempre que les decimos que somos muchos: ¡muchos, pero malos! nos dicen.

De modo que nuevamente con claras voces lo anuncio y lo grito y nadie piense que se trata de un juego. A los desobedientes los echaré fuera, los excluiré. Y mientras esté en este trono episcopal, nada pondré por encima de los mandamientos de Dios. Si alguien me arroja de él, a lo menos ya no quedará obligado. Pero mientras lo esté, no puedo descuidar mi deber, no tanto por temor del castigo, cuanto por amor de vuestra salvación, la cual sumamente anhele. Obedeced para que aquí y en lo futuro obtengáis grandes recompensas y todos disfrutemos de los bienes eternos, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Eran como las tres de la tarde, hora en que se ofrecía el holocausto perpetuo y el incienso en el templo.
2. Juan XIII, 24; XX, 3; XXI, 21.
3. I Sam. II, 24.
4. I Cor. IV, 13.
5. Eccl. XVI, 3.

HOMILIA IX

*Pedro, al ver el gentío, dijo al pueblo: Varones israelitas,
¿por qué os maravilláis de esto, o por qué fijáis los
ojos en nosotros, cual si con nuestro poder o
santidad hubiéramos hecho andar a éste?*
(Hechos III, 12)

LLENO ESTÁ este discurso de la mayor confianza; no porque en el anterior Pedro temiera, sino porque aquellos burladores no lo habrían soportado. Motivo por el cual en el discurso anterior comienza Pedro haciéndolos atentos y les dice: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras*. Ahora, en cambio, no tiene necesidad de semejante preparación. Los oyentes no eran desidiosos, pues el milagro mismo les había excitado la atención, de manera que estaban llenos de temor y estupor. Por esto Pedro no necesitó de aquel exordio, sino que comenzó, para más atraérselos, echando de sí la gloria del milagro. Nada hay que tanto aproveche para que el oyente escuche como el que el orador nada grande diga de sí mismo, sino que aleje toda sospecha de soberbia. Despreciando la gloria vana, se preparaban aquellos Apóstoles una gloria mayor; demostraban ser aquel milagro obra no de hombres, sino de Dios; y que lo conveniente era, aun siendo admirados de los otros, que no se les admirara.

¿Adviertes cuán limpio está Pedro de toda ambición y cómo rehúsa la gloria que se le ofrece? Así procedían los antiguos, como Daniel que decía: *Pero yo, no por sabiduría que en mí haya* ¹. Y José: *¿No son de Dios los sueños ocultos?* ² Y David: *Al león y al oso que acometía, en el nombre de Dios yo los hacía pedazos con mis manos* ³. Igualmente ahora Pedro dice: *¿Por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?* Como si dijera: No es obra nuestra, puesto que no hemos atraído la Gracia de Dios porque fuéramos dignos.

El Dios de Abraham, les dice, y *de Isaac y de Jacob*, el *Dios de nuestros padres*. Mira cómo con frecuencia se refiere a los progenitores, para no parecer que introducían nuevas creencias. En su discurso anterior recordó a David, el patriarca; aquí, a Abraham y los siguientes. *Ha glorificado a su siervo Jesús*. De nuevo habla humildemente, como en aquel exordio. Pero luego insiste en el crimen de ellos y lo pone en plena luz: no habla veladamente como allá al principio. Lo hace para mejor atraerlos. Pues cuanto más claro les hablaba del crimen más atentos los hacía.

Dice: *Ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis ante Pilato, cuando él había resuelto dejarlo en libertad*. Dos acusaciones hay: que Pilato quería dejarlo libre; y que, queriéndolo él, vosotros os negasteis. *Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis se os hiciera gracia de un homicida, al paso que matabais al Autor de la vida; a quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo cual nosotros somos testigos*. Como si les dijera: En su lugar pedisteis la vida de un ladrón. Enuncia con esto un crimen muy grave. Como ya los tenía dominados, reciamente los punza. *Al Autor de la vida*, continúa. Prepara por aquí la fe en la Resurrección. *Al cual Dios resucitó de entre los muertos*. Para que nadie preguntara: ¿De dónde consta eso? Pedro no acude a los profetas, sino a sí mismo, pues ya ante la turba era testigo fidedigno. En el otro discurso, cuando afirmó que Cristo había resucitado, trajo como testigo a David; pero ahora, al afirmar lo mismo, recurre al coro íntegro de los Apóstoles diciendo: *De lo cual nosotros somos testigos*.

Y por la fe de su Nombre, a éste que veis y conocéis, este Nombre lo ha curado. Esta fe que por El es operante, le ha dado íntegra salud a los ojos de todos vosotros. Tratando de declarar la causa del milagro, al punto presenta la señal diciendo: *a los ojos de todos vosotros*. Y pues con tal vehemencia los había punzado y les había declarado que Aquel que ellos crucificaron resucitó, suaviza su discurso y les da oportunidad de penitencia añadiendo: *Ahora bien, hermanos, yo se que procedisteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes*.

Por ignorancia lo hicisteis. Esta es una excusa. La otra se contiene en las palabras: *Lo mismo que vuestros jefes*. Como José había dicho a sus hermanos: *Dios me envió delante de vosotros* ⁴. Más aún, lo que antes Pedro dijo como de paso: *Conforme a la previsión y al plan de Dios lo entregasteis*, ahora lo explica: *Mas Dios dio así cumplimiento a cuanto tenía anunciado de antemano por boca de*

todos los profetas: que su Cristo había de padecer. Juntamente les declara no ser cosa de ellos ese cumplimiento llevado a cabo, sino que sucedió por voluntad de Dios: A lo que anunció de antemano deja entender las palabras con que se burlaban de Cristo puesto en la cruz cuando ellos decían: Si lo ama sálvelo, pues él dijo: Soy Hijo de Dios. Confío en El, baje ahora de la cruz.

¡Oh necios! ¿Acaso eso son burlas? ¡Lejos tal cosa! Es que así convenía que sucediera y así lo testifican los profetas. De manera que no baja de la cruz por falta de fuerzas, sino precisamente por su poder. Y esto lo pone Pedro como una excusa de los judíos, para que con más voluntad lo escuchen. Dice: *Dio así cumplimiento.* ¿Ves cómo todo lo refiere a eso? Por tanto, arrepentíos y convertíos. No añade de vuestros pecados, sino: *Para que se borren vuestros pecados*, que viene significando lo mismo. Añade en seguida la ganancia: *Para que os lleguen de la faz del Señor los días de la consolación.* Declara, en consecuencia, que ellos cayeron miserablemente y andan entre mil calamidades. Les habla así porque sabe que semejantes palabras son convenientes a quien padece y busca consuelo.

Advierte el modo como procede. En su primer discurso poco a poco fue declarando la Resurrección y que Cristo está sentado a la diestra del Padre. Acá, en cambio, presenta claramente su futura venida. *Y haya enviado a aquel Jesús que ha sido preordenado para vosotros como Cristo.* Ahora conviene que el cielo lo retenga; es decir se hace necesario. *Hasta que llegue el tiempo de la restauración universal.* Manifiesta es la causa por la que ahora no viene. *Que Dios anunció por boca de los profetas, los santos, desde remontísimos tiempos. Efectivamente., Moisés dijo: El Señor nuestro Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta igual a mí. Prestad oído a todo cuanto os hablare.* En el discurso anterior hizo referencia a David; en éste la hace a Moisés. Y dice: *Que Dios anunció.* No dice: que lentamente bajo aquellas figuras los va llevando a la fe. Y se acoge luego a una cosa digna de crédito diciendo: *El Señor nuestro Dios os suscitará un profeta igual a mí de entre vuestros hermanos. Prestad oído a cuanto os hablare.* Sigue inmediatamente un grave castigo. Dice: *Y todo aquel que no atendiera a aquel profeta, sea exterminado de mi pueblo. Y todos los profetas desde Samuel y los que en pos vinieron, en su mensaje anunciaron estos tiempos.*

Aquí oportunamente puso la ruina. Cuando dice algo grande recurrir a los antiguos; y encuentra un testimonio que abarca ambas cosas:

prevaricación y castigo. Así en el discurso anterior dijo: *Mientras pongo a tus enemigos como escabel a tus pies*. Porque es cosa admirable cómo junta ambos asuntos: la sujeción, la prevaricación y el castigo. *Igual a mí*. ¿Por qué, pues, os admiráis? *Vosotros sois los hijos de los profetas*. Pues, como os decía, todo fue hecho por vosotros. Y como ellos pensaban que a causa de su crimen quedaban hechos enemigos pues no parecía congruente que uno mismo ahora fuera crucificado y en seguida cuidara de los suyos, demuestra Pedro, mediante la profecía, que ambas cosas se han realizado. Les dice: *Vosotros sois los hijos de los profetas y de la Alianza que Dios concertó con vuestros padres, al decir a Abraham: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra*. Dice: *Para vosotros Dios primeramente suscitó a su siervo, su enviado*. Ciertamente también para otros; pero en primer lugar vosotros, que lo crucificasteis. *Enviado para traeros bendiciones y desterrar de cada uno de vosotros los pecados*.

Pero repitamos ya más cuidadosamente lo que se ha leído. Desde luego, Pedro se esfuerza por persuadirlos de que no son los Apóstoles quienes han hecho el milagro, cuando les dice: ¿Por qué os admiráis? Y no permite que se niegue fe a lo que dice. Y para hacerlo más fidedigno aún, se adelanta al juicio de ellos aseverando: *¿Por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad lo hubiéramos realizado?* Si el milagro os conturba y aterroriza, sabed quién lo ha realizado y no andéis ya estupefactos. Advierte cómo cuando se refugia en Dios y afirma ser Dios quien todo lo ha hecho, constantemente luego sin temor alguno los punza. Por esto en el discurso anterior les decía: *Varón acreditado ante vosotros por Dios*. Y de continuo les recuerda esto, para que quede manifiesto el milagro y se confirme la Resurrección. Pero aquí añadió algo más, puesto que no llama ya a Cristo el Nazareno, sino ¿cómo? Les dice: *El Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús*.

Mira cuán ajeno se halla a la ostentación. No acusó. Tampoco les dijo: Ahora, pues, creed: mirad a ese hombre que durante cuarenta años estuvo cojo, cómo ha sanado en el nombre de Jesucristo. No les habló así, pues los habría vuelto más querellosos aún. Lo que hace es alabarlos de paso por mostrarse admirados del milagro. Y nuevamente hace referencia al ancestro. Tampoco les dice: Jesús lo curó, aunque ciertamente Jesús lo había curado; con el objeto de que no dijeran: Pero ¿cómo es eso razonable, pues glorifica a un prevaricador?

Para lo mismo les trae a la memoria el juicio ante Pilato, declarándoles con esto, si quieren poner atención, que Cristo no fue un prevaricador, pues si lo hubiera sido, Pilato no habría querido librarlo. Tampoco les dice: Queriendo Pilato; sino: *Puesto a juicio*.

Claramente les dice: Vosotros pedisteis libertad al que daba muerte a otros y en cambio rechazasteis al que a los muertos vuelve a la vida. Y para que no le dijeran: ¿Cómo es entonces que glorificas ahora al que entonces para nada auxiliaste, trae el testimonio de los profetas que dicen que así tenía que suceder. Mas, para que no pensarán que semejante providencia de parte de Dios los excusaba a ellos, se adelanta a punzarlos. Pues no era cosa leve que ellos negaran a Jesús cuando Pilato quería dejarlo libre. Y que no podían negar que lo habían hecho, se lo demostraba el ladrón que en lugar de Jesús habían pedido. De manera que también esto fue obra de gran providencia.

También declara la impudencia petulante de ellos, puesto que un hombre gentil y que por primera vez veía a Jesús quiso librarlo, aun cuando no había oído de él grandes maravillas; mientras que ellos, que habían vivido entre milagros, habían procedido todo al contrario. Y que Pilato sentenciara que se le debía dejar ir libre y que esto no lo hiciera por favoritismo, oye cómo lo declara Pilato en otra parte. Les dice: *Tenéis costumbre de dar libertad a alguno. ¿Queréis, pues, que os deje libre a éste? Pero vosotros negasteis al Santo y al Justo*. No dice lo entregasteis, sino continuamente: *lo negasteis*. Con toda razón, pues ellos clamaban: *No tenemos más rey que el César* ⁵,

Y no les dice: Rechazasteis a quien era inocente; ni tampoco les dice: Lo negasteis, sino le disteis muerte. Cuando ellos andaban más ciegos, nada de eso les dijo; pero cuando sus ánimos estaban ya más conmovidos, los punza con mayor acritud, porque ya podían apreciarlo. Lo mismo hacemos nosotros con los ebrios, pues por de pronto nada les decimos; pero una vez pasada la embriaguez y cuando ya están despiertos, entonces los reprendemos. Igualmente procedió Pedro. Cuando ya podían entenderle, suelta su lengua y les enumera sus crímenes: que entregaron al que Dios había glorificado, que negaron en presencia de Pilato al mismo a quien éste absolvió; que lo pospusieron a un ladrón.

Advierte cómo habla Pedro cultamente del poder de Jesús, quien se resucitó a Sí mismo, como ya lo había él declarado en su discurso anterior diciendo: *Por cuanto era imposible que la muerte lo señoreara*. Y ahora les dice: *Matasteis al autor de la vida*. El no recibió de

otro la vida. Pues así como quien auspicia la perversidad él mismo la engendra; así como es causa del homicidio el que primero cometió el homicidio, así es Autor de la vida el que la tiene en Sí mismo.

Les dice: *Al cual Dios resucitó. Y por la fe de su Nombre, a éste que veis y conocéis, este Nombre lo ha curado. Esta fe que por El es operante, le ha dado íntegra la salud.* Ahora bien, si la fe en El es la que todo lo ha hecho, pues esperó en El, ¿por qué Pedro no dijo: Por efecto de este Nombre, sino: *En el nombre?* Porque aún no se atrevían los Apóstoles a decir: La fe en El lo curó. Mas Pedro, para que no resultara un tanto humillante la fórmula: *que por El es operante*, añadió: *Y su Nombre lo ha curado.* Lo dijo, pero en seguida continuó: *Esta fe que por El es operante le ha dado íntegra la salud.* ¿Adviertes cómo lo otro que dijo fue atemperándose a los oyentes? Cristo realmente a nadie necesitó para resucitar, ya que su Nombre dio la salud al cojo, que en nada se diferenciaba de un muerto.

Observa cómo continuamente se refiere al testimonio de ellos mismos y lo alega. Antes dijo: *Como bien sabéis.* Y: *en medio de vosotros.* Y luego: *Al cual estáis viendo y conocéis.* Y: *en presencia de todos vosotros.* Ignoraban ellos que en el Nombre de Jesús había sanado el cojo. Y los autores del hecho aseguraban que el cojo había sanado no por poder que ellos tuvieran, sino por el poder de Jesucristo. Si no hubiera sido esa la realidad y no hubieran creído firmemente los Apóstoles que de verdad Jesús había resucitado, nunca habrían preferido confirmar la gloria de un muerto antes que la propia, sobre todo cuando la turba en ellos tenía fijos sus ojos.

Luego consuela aquellos ánimos aterrorizados con la palabra: *hermanos*, diciendo: *Varones hermanos.* En el discurso anterior nada dijo acerca de sí mismo, sino solamente les habló de Cristo y les decía: *Sepa, pues, toda la casa de Israel.* Ahora añade una admonición. Entonces esperó a que ellos hablaran; ahora sabe él cuánto han trabajado y que ya están más manejables. Todo lo antes dicho tampoco procedía de indignación. Que había pedido la vida de un ladrón; que cuando a Cristo se le juzgó digno de ser absuelto ellos no lo aceptaron; que quisieron darle muerte ¿quién podía ignorarlo? Pedro les deja en sus manos la facultad de negar y la de arrepentirse de los sucesos. Más aún, les prepara una decente defensa diciéndoles: Sabíais que matabais a un inocente, pero tal vez ignorabais que era el Príncipe de la vida. De manera que no sólo los libra a ellos del crimen, sino también a los ejecutores de él. Por lo demás, si hubiera

convertido su discurso en una acusación, los habría vuelto más querellosos aún. Porque todo aquel que ha cometido algún grave crimen, al intentar defenderse más se exalta.

Tampoco insiste ni les dice: Crucificasteis, matasteis, sino hicisteis, encaminándolos de este modo al perdón. Como si dijera: Si aquellos procedieron por ignorancia, mucho más éstos. Si a aquéllos se les perdona, mucho más a éstos. Pero lo que es admirable, tanto en el otro discurso como en éste, es que tras de decir: *Conforme al plan prefijado y previsto y: Anunció de antemano a todos, a Cristo*, no traiga ningún testimonio. Cada testimonio anuncia juntamente los crímenes y los castigos. Así dice: *Se le asignó sepultura entre los impios, y en su muerte está con el rico* ⁶. Y también: *A cuanto tenía anunciado de antemano por boca de todos los profetas, que su Mesías debía padecer, así le dio cumplimiento*. Declara aquí un gran Consejo de Dios, puesto que todos los profetas lo anunciaban, no sólo uno. Y ciertamente no porque todo se hiciera por ignorancia, ya por eso no era sin la voluntad de Dios.

Mira cuán grande es la sabiduría divina, pues se aprovecha de la perversidad de los hombres para llevar a cabo lo que debe hacerse. *Le dio cumplimiento*, dice. Es para que no crean que faltó algo. Declara de este modo que todo cuanto tenía que padecer Cristo se cumplió enteramente. Pero no penséis que, pues esto lo anunciaron los profetas y vosotros procedisteis por ignorancia, ya os basta para defensa. Aunque Pedro no lo dijo así sino con mayor suavidad. Arrepentíos, pues. ¿Para qué? *Para que sean borrados vuestros pecados*. No únicamente los que se cometieron en la crucifixión, pues quizá se cometieron por verdadera ignorancia*, sino también cualesquiera otros pecados personales vuestros.

Para que os lleguen los días de la consolación. Habla aquí veladamente de la Resurrección. Porque aquellos son días de verdadero descanso, que Pablo buscaba al decir: *Los que estamos en esta tienda de campaña, gemimos agobiados* ⁷. Y demostrando ser Cristo el autor de semejantes días de descanso, dice: *Y envíe aquel Jesucristo que se os anunció de antemano*. Y no dice: para que sea borrado vuestro pecado, esto no añadió de dónde sería enviado, sino que añadió: *al cual es menester que el cielo lo retenga*. ¡Así, lo retenga! Mas ¿por qué no dijo: Al cual recibió el cielo? Habla como de tiempos pasados y antiguos: así fue dispuesto, así fue determinado. Pero nada dice acerca de su existencia eterna, sino que continúa hablando de la eco-

nomía de la Encarnación. *Moisés dijo a nuestros padres: El Señor Dios nuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta. Y habiendo dicho antes: Hasta que llegue la hora de la restauración universal que Dios anunció por boca de sus santos profetas desde remontísimos tiempos*, finalmente introduce a Cristo. Pues si ese profeta predijo muchas cosas y es necesario prestarle oídos, no se equivocará quien diga que los profetas hablaban de estas cosas.

Por otra parte, quiere poner en claro que los profetas predijeron todos lo mismo. Si alguno con cuidado los examina encontrará que profetizaron las mismas cosas, aunque oscuramente, de manera que no se dice novedad alguna. *Anunció*, dice. Por aquí atemoriza también como si faltaran por venir muchas otras cosas. Mas ¿por qué dijo: *Cumplió lo que era necesario que padeciera el Cristo?* Dice: *Cumplió El*; pero no que ya está todo cumplido. Declara pues que El padeció todo cuanto convenía que padeciera; pero que aún no se cumple todo lo que está por venir. *El Señor Dios nuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta igual a Mí*. Les dice esto porque sobre todo les conciliaba los ánimos.

¿Observas cómo va mezclando lo sublime con lo humilde? Porque humilde y bajo es que sea igual a Moisés el que ha de subir a los cielos; aunque para los oyentes ya eso era cosa grande. Pero no hay igualdad con Moisés en lo que sigue: *Y todo el que no lo atendiera será exterminado de mi pueblo*. Y dijo otras muchas cosas que demuestran no ser un profeta igual a Moisés. De modo que, en conclusión, Pedro presentó aquí un muy notable testimonio. Y dice: Dios lo suscitará de entre vuestros hermanos. De manera que Moisés a su vez amenazó también a quienes no obedecieron. Todo esto está sobreentendido.

Y todos los profetas desde Samuel. No quiso enumerarlos a todos para no alargar su discurso, sino que, tras de traer oportunamente el testimonio de Moisés, dejóles a ellos lo demás. Luego dice: *Vosotros sois los hijos de los profetas y de la Alianza que concertó Dios*. Dice: *Hijos de la Alianza*, es decir herederos. Para que no creyeran que esto se lo debían a Pedro, les declara que desde antiguo les era debido, con el fin de que mejor creyeran que esto agradaba a Dios.

Para vosotros primero suscitó Dios a su siervo, enviado. No dijo sencillamente: Para vosotros envió Dios a su Hijo, sino aun después de resucitado. Más aún después de crucificado. Y para que no pensarán que semejante don era del Hijo y no del Padre, añadió: *Para*

traeros la bendición. Pues si Cristo es vuestro hermano y os bendice, se trata de una promesa. O sea que tan lejos está e que no la conseguiréis con los demás, que aun debéis querer ser consejeros y jefes para los otros. En conclusión: no os tengáis como rechazados y repudiados.

Para que se convierta cada uno de vosotros de sus pecados. Tal será pues la bendición y no algo simple y de poco valor. Pero en fin ¿cuál es esta bendición? Será muy grande. Porque no basta con que se convierta cada cual de sus iniquidades, para que ya queden perdonadas. Ahora bien, si Cristo no es capaz de perdonarlas, ¿cómo trae la bendición? El que ha obrado injustamente no es al punto bendecido, sino que primero recibe el perdón de sus pecados. Lo otro: *Igual a mí* no puede en absoluto aceptarse si no se entiende en el orden legislativo. A *El escucharéis*, dice. Pero no así como quiera, sino que: *Todo aquel que no le atendiere será exterminado de mi pueblo.*

Una vez que los demostró pecadores y les concedió el perdón, les hizo ver que eso mismo lo había dicho ya Moisés. Pero ¿cómo se junta esto con lo que sigue? *Hasta que llegue la hora de la restauración universal*; ¿y al mismo tiempo decirles que Moisés ya había dicho de antemano que obedecieran a todo lo que Cristo les diría; y no lo dijo sencillamente, sino añadiendo una tremenda amenaza? Pues bien, hay una estrecha conexión. Puesto que aun por este motivo conviene obedecer a Cristo.

¿Qué significa: *Hijos de los profetas y de la Alianza*? Quiere decir herederos, sucesores. Como si les dijera: Pues sois hijos ¿cómo es que en vuestras casas os portáis como si fueran ajenas? Habéis hecho cosas dignas de que se os acuse; pero podéis alcanzar el perdón. Y razonablemente añade luego: *Para vosotros envió Dios a su Hijo, para traeros bendición.* No dice para salvaros, sino lo que es más: *para traeros bendición.* Declara con esto que el crucificado bendeciría a quienes lo crucificaron.

Imitemos a este Señor. Echemos de nosotros el ánimo sanguinario y el odio. No basta con no vengarse. Eso ya se practicada en la Ley Antigua. Ayudemos cuanto podamos a quienes nos han dañado. Como si se tratara de auténticos hermanos o de nosotros mismos. Somos imitadores, somos discípulos de Aquel que después de ser crucificado, se interesó totalmente en favor de quienes lo crucificaron y les envió apóstoles. Por otra parte, nosotros de ordinario padecemos justamente, mientras que el padeció no sólo injustamente, sino en forma

impía, pues que aquéllos crucificaron al bienhechor que en nada los había dañado.

Y ¿por qué motivo? ¿Por cuestión de honra? El los honraba. ¿Cómo los honraba? Oyelo: *En la cátedra de Moisés se asentaron los escribas y fariseos. Haced pues todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras* ⁸. Y en otra parte: *Anda, preséntale al sacerdote* ⁹. Y pudiendo acabar con los que lo crucificaban, los guardada. ¡Imitémoslo, y que nadie sea enemigo de alguno ni adversario, sino únicamente del demonio! Y no ayuda poco para esto el no jurar, el no irritarse. Si no nos irritamos tampoco tendremos enemigos. Quítale al hombre sus juramentos y le habrás cortado a la ira sus alas y aun la habréis extinguido totalmente. Porque la ira y el juramento se parecen a los vientos. Quítale a la ira sus velas y échalas abajo. Si falta el viento quedan inútiles las velas ¹⁰. Si no juramos, si no damos voces, quitamos a la ira sus nervios y fuerza. Si no lo creéis, haced la prueba y veréis que así es la realidad. Pon al iracundo la ley de no injuriar y no necesitarás hablarle de la mansedumbre. Así todo irá bien: ni perjuraréis ni para nada juraréis.

¿Ignoráis acaso a cuántos absurdos os arrojáis? Es necesario que os atéis y pongáis todos los medios a fin de libraros de semejante enfermedad, como de un peligro inevitable o poco menos. Si no lo podéis conseguir, viviréis entre dolores, riñas, execraciones. Y todo será en vano. Por consiguiente, en tus contratos amenaza, ordena, pero no jures. Si lo quieres está en tu mano deshacer lo dicho y lo hecho. Por ahora se hace necesario hablaros así con mayor mansedumbre. Y pues ya soportáis el oírme, gran parte del negocio está conseguido.

Veamos por qué se introdujo el juramento y fue admitido. Pague-mos la obediencia de vuestra obediencia refiriendo cómo tuvo su inicio y cuándo y por quiénes. Porque es necesario que quien con rectitud procede, sepa razonar lo que hace. Quien no sabe razonar tampoco es digno de oír. Celebró en otro tiempo el patriarca Abraham muchos pactos e inmoló víctimas y ofreció sacrificios, y sin embargo aún no existía el juramento. Entonces ¿cómo nació? Fue cuando crecieron las maldades y todo se desordenó y los pueblos se entregaron a la idolatría. Pues bien, entonces, sí, entonces, cuando los pueblos totalmente perdieron la mutua confianza, pusieron a Dios por testigo en sus contratos, como dando con esto un fiador fidedigno de lo que decían. Porque el juramento es una fianza que se da a causa de la

desconfianza que entra cuando se mete la corrupción de las costumbres.

De modo que este es el primer crimen del que jura: hacer que no se le crea sin un fiador, y un fiador altísimo. Los demás hombres no le tienen a él ni le dan crédito. Y por eso le exigen un fiador que no sea hombre, sino Dios. El mismo crimen comete, en segundo lugar, el que recibe el juramento, si exige a Dios por testigo y lo pone como fianza y afirma que no dejará la cosa si el otro no acepta jurar. ¡Oh necesidad! ¡oh suma injuria a Dios! Siendo tú como eres tierra y ceniza, gusano y humo, ¿te atreves a traer a Dios como fianza y obligas al otro a que la reciba?

Dime: si peleando entre sí tus esclavos y mutuamente desconfiando entre sí, uno de ellos se empeñara en no ceder si no se presentaba el señor de ellos como fiador ¿acaso no lo castigarías con infinitos azotes, con el objeto de que aprendiera que lo conveniente es no echar mano del dueño de ambos pleiteantes para semejante cosa, sino para otras? Pero ¿para qué hablo de un consiervo así? Si el pleiteante eligiera por fiador a un hombre muy venerable ¿acaso éste no lo tomaría a injuria? Me dirás: Pero si yo no quiero el juramento. Pues tampoco obligues al otro a jurar. Así se acostumbra entre los hombres. Si alguno dice: pongo como fiador a fulano, tú le puedes contestar: ¡yo no lo admito!

Instarás: entonces ¿voy yo a perder lo que he entregado? Yo no digo eso. Solamente me quejo de que hagas ofensa a Dios. En consecuencia quien obliga a otro a jurar tendrá un castigo más inexorable que quien presta el juramento, y lo mismo aquel que jura sin que nadie lo obligue. Y lo que es más grave aún es que cualquiera jura por un óbolo, por una nonada, por una injusticia. Y eso cuando se hace sin perjurio, pues si luego sigue el perjurio, todo se trastorna y quedan culpables así el que prestó el juramento como el que lo recibió. Instarás diciendo que hay cosas que se ignoran. si las prevés no procederás a la ligera; si por negligencia tuya te precipitas, castígate a ti mismo. Mejor es recibir daño por ese camino que no por el otro.

Dime: cuando obligas a alguno a jurar ¿qué es lo que esperas? ¿Que perjure? Eso sería el colmo de la necesidad y el daño recaerá sobre ti. Era preferible que perdieras tu dinero y no el alma del otro. Pero ¿por qué procedes en esa forma para daño tuyo y ofensa de Dios? Semejante alma no es de hombre, sino de fiera. Dirás: yo espero que el otro no perjurará. Entonces créele sin necesidad de

juramento. Instarás: hay muchos que si no se les toma juramento, se atreven al fraude, pero no si se les toma ¡Te engañas a ti mismo! Quien sabe ya robar y causar daño al prójimo, también de ordinario pisoteará el juramento; pero si teme jurar, mucho más temerá proceder injustamente. Es que el otro lo sufre contra su voluntad; pero entonces es digno de perdón.

Pero en fin ¿por qué hablamos de los demás juramentos y dejamos a un lado los que se hacen en la plaza? Podrás tú responderme que se hacen por diez óbolos de parte de todos, así juramentos como perjurios. De modo que tú porque Dios no envía de lo alto sus rayos, porque no ves que todo se trastorne, persistes en obligar a Dios? ¿Por qué motivo? Por adquirir unas legumbres, un calzado: ¡Por unos óbolos lo traes como testigo! No pensemos que, pues no nos castiga, es que no pecamos. No es esto efecto de nuestra virtud o inocencia, sino de la divina misericordia.

Jura por tu hijo; jura por ti mismo. Di: ¡Sea así, y si no que el verdugo desgare mis costados! ¿Temes decirlo? Entonces ¿Dios es de menos precio que tu costado y que tu cabeza? Di: ¡Sea así, o yo quede ciego! Pero Cristo en tal forma nos respeta, que nos prohíbe jurar ni por nuestra cabeza; y nosotros en forma tal no respetamos la gloria de Dios, que por todas partes la traemos y llevamos. Ignoráis lo que es Dios y cómo se le ha de invocar. Si hablamos de algún varón esclarecido por su virtud, decimos: ¡Anda, lávate primero la boca y luego hablas de él! Ahora, en cambio, ese Nombre precioso que está sobre todo nombre y es admirable en la tierra entera y por el que, oyéndolo, tiemblan los demonios, sin razón lo traemos y llevamos por doquiera.

¡Ah costumbre perversa! Por ella ese Nombre cae en desprecio. Si dentro del templo obligas a alguno a jurar, te quedas luego tan impresionado como si hubieras hecho algo sumamente horrible. Pero ¿por qué este juramento te parece tan horrendo y el de allá afuera no? Es porque de aquél abusamos fácilmente y de este otro no. ¿Acaso no sería conveniente sentir escalofrío de sólo oír nombrar a Dios? Entre los judíos era ese Nombre tan respetable, que se grababa en láminas y nadie era lícito portarlas con esas letras sino únicamente al sacerdote. Pero acá entre nosotros con cuánta facilidad lo traemos y llevamos.

Ahora bien, si el solo nombrar a Dios no les estaba permitido a todos, pregunto: ¿cuán grave audacia, cuán grave locura no será el andarlo poniendo por testigo? Si sería conveniente perder todas las cosas antes que eso ¿cuánto más lo será dejarlas espontáneamente con

buena voluntad? Mirad que yo ordeno y mando que en absoluto quitéis semejantes juramentos en la plaza; y a cuantos no obedezcan, traedlos a mi presencia. Estando aquí presentes todos cuantos están encargados de servir en la casa de oración, les ordeno delante de todos vosotros y los exhorto y les prescribo que a nadie en absoluto le sea lícito jurar en vano; mas aún, en forma alguna.

Por lo tanto, tráiganse a mi presencia a cualesquiera que sean, pues todo eso debe avocarse a nosotros, como si aún fuerais niños pequeños. ¡Pero lejos de vosotros que así suceda! Sería una vergüenza que aún necesitarais ser instruidos en algo. ¿Te atreves acaso a participar de la mesa sagrada no estando iniciado? Y sin embargo, lo que es peor aún, tú, iniciado, te atreves a participar de la mesa sagrada a la que ni aún a todos los sacerdotes les es lícito tocar, y habiendo participado de ella ¿juras? Salido de ahí no te atreverías a tocar la cabeza de un niño; y sin embargo, tras de tocar la mesa sagrada, ¿no te horrorizas ni temes por jurar?

Traed a mi presencia a esa clase de hombres. Yo sentenciaré y haré que ambos, denunciante y denunciado, regresen gozosos. Haced lo que os parezca. ¡La ley que yo pongo es que en adelante en absoluto no se jure! ¿Qué esperanza de salvación nos queda cuando así lo trastornamos todo? ¿Para eso existen los tratados y los documentos escritos, para que tú pongas en peligro tu alma y la sacrifiques? ¿Qué ganancia sacas que iguale a lo que pierdes? ¿Perjuró el otro? Te perdiste a ti mismo y a él. ¿No perjuró? Aún así perdiste por haberlo obligado a quebrantar la ley de no jurar.

Echemos de nuestra alma semejante enfermedad. Por de pronto echémosla del foro, de las tiendas de los mercaderes, de las demás oficinas: de esto se nos seguirá una mayor ganancia. No penséis que os irá bien en los negocios de esta vida traspasando las leyes de Dios. Me dirás que el otro no cree en esto. Porque semejante excusa he oído de algunos: si no lanzo mil juramentos no se me da crédito. Pero tú tienes la culpa, pues tan fácil eres en jurar. Si no fueras así, sino que todos supieran que tú nunca juras, créeme, se te daría crédito aun a la sola insinuación que hicieras, y mayor que a quienes profieren mil juramentos.

Pregunto yo: ¿a quién darías tú más fe; a mí que no juro o a esos que juran? Responderás: Sí, pero tú eres jefe y obispo. Bien, ¿pero si te demuestro que no soy sólo eso? Respóndeme, te ruego, con sinceridad. Si yo con frecuencia y constantemente jurara, ¿me aprovecharía

de algo el ser obispo? ¡De ninguna manera! ¿Adviertes, pues, que no es ese el motivo de que me creas? Pregunto de nuevo: ¿qué ganancia sacas de jurar? Pablo padecía hambres. Pues también tú prefieres vivir hambreado a quebrantar los mandatos divinos. ¿Por qué no te fías de Dios. Harás tu y padecerás todo con tal de no jurar, ¿y El no te recompensará? El que diariamente alimenta a los perjurios y acostumbrados a jurar ¿te entregará al hambre por haberlo obedecido?

Que vean todos que quienes están en esta reunión no juran, y que por aquí se nos conozca y no únicamente por la fe: distingámonos en esto de los helenos y de todos los demás. Tomemos este sello celeste para que en todas partes aparezcamos como rebaño regio. Que se nos conozca por la cara y por la lengua, como sucede con los bárbaros; que por aquí se nos conozca, por aquí, que no somos bárbaros como se conoce que no lo son quienes saben el idioma heleno. Dime: ¿cómo se reconoce a los loros? ¿Acaso no es por que hablan como los hombres? Pues que también a nosotros se nos reconozca, como a los Apóstoles, por la lengua, porque hablamos como los ángeles.

Si alguien dice a otro: ¡jura!, oiga que se le responde: ¡Lo prohíbe Cristo, no juro! Basta esto para introducir en el alma toda virtud. Esto es una puerta para la piedad, un camino que lleva a la virtud, una palestra. Guardemos esta ley para conseguir los bienes presentes y futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Dan II, 30.
2. Gén. XL, 8.
3. I Sam. XVII, 34.
4. Gén. XLV, 5.
5. Juan XIX, 15.
6. Isaías LIII, 9.
- * Santo Tomás de Aquino aclara que fue *con ignorancia*, mas no *por ignorancia* (S. A.)
7. II Cor. V, 4.
8. Mat. XXIII, 2-3.
9. Mat. VIII, 4.
10. Hay una entremezcla de imágenes que dejan oscuro el pensamiento, cosa algo frecuente en estas Homilías, como ya lo hacía notar Migne.

HOMILIA X

Mientras aún hablaban al pueblo, se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo.

(Hechos IV, 1)

AÚN NO DESCANSABAN los Apóstoles de las primeras pruebas y ya caían en otras. Observa cómo se desarrolla el asunto. Al principio a todos los recibieron con burlas, que no fue prueba pequeña. Luego cayeron en peligro los principales y corifeos de ente ellos. Sin embargo, estas dos pruebas no acontecieron seguidas unas tras otra, ni así tan sencillamente. La segunda les llegó cuando ya por la predicación se habían hecho notables y habían obrado un gran milagro, de manera que con grande confianza entran al certamen permitido por Dios.

Considera cómo precisamente aquellos que habían buscado un traidor que les entregara a Jesús, son los mismos que ahora ponen sus manos en los Apóstoles, y andan crecidos en su furor y en su impudencia, después de la cruz. El pecado, al ser dado a luz, lleva consigo un cierto pudor; pero una vez consumado torna a sus autores más impudentes. ¿Por qué se presentan los magistrados? Pues dice: *Se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo*. Para acusar como crimen público lo que hacían los Apóstoles, y así poder castigarlos, no como crimen privado. Esto lo procuraban siempre.

Indignados de que enseñaran en el templo del pueblo. Les disgustaba no únicamente que enseñaran, sino además el que afirmaran haber resucitado Cristo; ni sólo esto, sino que por virtud de El también nosotros resucitaríamos. Porque dice: *De que enseñaran al pueblo y anunciaran en la persona de Jesús la resurrección de los muertos*. Tan poderosa fue la Resurrección de Cristo, que incluso fue razón de resucitar los demás hombres.

Les echaron mano y los pusieron en prisión hasta el día siguiente, pues ya anochecía. ¡Oh desvergüenza! Todavía les chorreaban las

manos de la sangre de Cristo, y no fueron perezosos, sino que al punto las echaron sobre los Apóstoles para colmarlas con nueva sangre. Quizá también temieron a causa de ver cómo crecía la multitud de los creyentes, y les entró temor; y por tal motivo se presentaron los oficiales del templo.

Pues ya anohecía. Los oficiales procedían así queriendo ablandar a los Apóstoles, y los custodiaban; pero el retardo los volvía más audaces a éstos. Observa quiénes son los encarcelados: los principales de entre los Apóstoles, hechos de esta manera ejemplo para los demás, a fin de que a los otros ni se les busque ni procedan ellos en corporación. *Muchos empero de los que oyeron el discurso creyeron. Y el número de los varones fue como de cinco mil,* Por qué sucedió así? ¿Acaso los veían llenos de honores? ¿No los contemplaban encadenados? Entonces ¿cómo sucedió que creyeran? ¿Adviertes la eficacia clara del discurso de Pedro? Parecía lo propio que la fe de los que habían creído se debilitara, pero no sucedió así. El sermón de Pedro había arrojado la semilla en profundidad y les había penetrado y herido el pensamiento. En cuanto a los oficiales ardían en cólera por ver que no inspiraban temor y que los Apóstoles estimaban en nada los males presentes. Como si éstos se dijeran: pues el crucificado tales prodigios obra y ha sanado a un cojo, no temamos a los oficiales. De manera que esto sucedió por providencia divina. Y de aquí resultó que los creyentes fueran en mayor número que los anteriores.

Los oficiales, temerosos, ataron a los Apóstoles a la vista de los nuevos creyentes, con el objeto de intimidar a éstos. Pero sucedió al contrario de lo que pretendían. Por tal motivo no los interrogan delante del pueblo, sino aparte: no fuera a suceder que por la libertad de los Apóstoles en hablar se aprovecharan los creyentes. *Al día siguiente se congregaron sus príncipes y los ancianos y los escribas en Jerusalén; y Anás el sumo sacerdote y Caifás y Juan y Alejandro y cuantos pertenecían al rango sacerdotal.*

Otra vez juntan congregación y se ponen de acuerdo. Pues además de los otros males, había el de que no guardaban la ley. Y otra vez le dan al negocio la formalidad de un juicio, con el objeto de hacer aparecer como culpables a los Apóstoles mediante un juicio injusto. Y habiéndolos llamado a su presencia, les preguntaron: *¿Con qué poderes o en nombre de quién hicisteis esto vosotros?* Ya lo sabían, pues dice Lucas: *Indignados de que enseñaran acerca de la Resurrección de Jesús.* Precisamente por este motivo los habían apresado. Entonces

¿por qué les preguntan? Esperaban que los Apóstoles, temerosos de la multitud, negaran el hecho; y que por semejante camino ellos acabarían con todo.

Considera lo que dicen: *¿En nombre de quién habéis hecho esto?* Entonces Pedro, *lleno del Espíritu Santo*, les dijo. Acuérdate ahora de las palabras de Cristo y mira cómo se realiza lo que había predicho: *Cuando os conduzcan ante el tribunal de la sinagoga no os inquietéis por el modo y razones con que habéis de hablar. El Espíritu Santo de vuestro Padre es el que habla en vosotros* ¹. De manera que los Apóstoles habían recibido una gran eficacia. Oye lo que Pedro dice: *Jefes del pueblo y ancianos de Israel*. Advierte la prudencia y cómo, lleno de confianza, nada injurioso les dice, sino que honorablemente los llama: *Jefes del pueblo y ancianos de Israel*. Puesto que hoy nosotros somos interrogados judicialmente acerca de la curación de un hombre enfermo, y en virtud de quién ha sido hecho sano, quede patente a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel. Valientemente los punza ya desde el comienzo y noblemente los reprende. Más aún, les recuerda a los antepasados, y les advierte que los han traído a juicio por un beneficio que hicieron. Como si les dijera: Lo conveniente sería que por este hecho se nos coronara y se nos proclamara bienhechores. Ahora, en cambio, se nos trae al tribunal por el hecho de haber obrado un beneficio en favor del hombre enfermo que no es ni poderoso ni noble. ¿Quién podía pensar en envidiarnos por esto?

Exordio es este lleno de solemne gravedad. Por él se demuestra que los jueces a sí mismos se rodean de males. *Que es en nombre de Jesucristo Nazareno*. Pone aquí Pedro lo que sobre todo entristecía a los jueces. Realizaba lo que les había dicho Cristo: *Lo que oís a solas, pregonadlo en las terrazas* ². *En el nombre de Jesucristo Nazareno a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. En virtud de este nombre tenéis ante vosotros sano a este hombre*. Como si les dijera: No penséis que nosotros ocultamos ni la patria, ni la Pasión de Cristo ni su Resurrección. *El es la piedra desechada por vosotros los constructores, que ha venido a ser la clave del arco*. Les trae a la memoria unas palabras que podían infundirles temor. Porque Cristo dijo: *El que se estrella contra esa piedra será triturado. Y aquel sobre quien ella cayere quedará pulverizado* ³. *Y no hay en otro alguna salvación*. ¿Qué heridas piensas que recibieron los jueces con estas palabras? *En efecto, no hay otro nombre dado a los hombres sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos*. Aquí

Pedro se eleva a lo sublime. Cuando no hay algo preclaro que hacer, sino hablar con absoluta libertad, no lo omite, pues no teme ser golpeado.

Y no dijo sencillamente por otro, sino: *Por ningún otro hay salvación*. Declara así que este nombre nos puede salvar; y lo hace para infundirles terror. *Al ver la audaz franqueza de Pedro y de Juan, habiendo ido averiguando que eran hombres sin instrucción y plebeyos, quedaron maravillados. Y reconocían que eran de los que habían estado con Jesús*. Preguntará alguno: ¿cómo siendo ellos hombres sin instrucción vencieron con su elocuencia a los jueces y a los sumos sacerdotes? Es que no hablaban ellos, sino la Gracia del Espíritu Santo por boca de ellos. *Y viendo que estaba con ellos el hombre que había sido curado, nada podían replicar*. Constancia notable de este hombre, que no los abandonó ni ante el tribunal; de modo que si ellos alegaban no haberse verificado el milagro, podía él redargüirlos.

Les ordenaron, pues, salir del tribunal, y discutían ente sí diciendo: *¿Qué haremos con estos hombres? ¿Adviertes cuán inciertos están? ¿Ves cómo en todo va obrando el humano temor? Así como anteriormente no podían ellos negar ni oscurecer lo que Cristo había hecho, sino que la fe más y más crecía cuanto más ellos se esforzaban en contra, así sucede ahora. ¿Qué haremos? ¡Oh necios, puesto que pensaban que apenas comenzando el certamen llenarían de terror a los Apóstoles; o que si al principio no lo lograban, al menos, después de aquella franqueza de Pedro, ellos algo conseguirían! De modo que cuanto más trataban de impedir la fe, tanto más ella se acrecentaba.*

Pues ciertamente es manifiesto a todos los habitantes de Jerusalén que por medio de ellos se ha obrado un milagro notorio. No podemos negarlo. Pero a fin de que no se divulgue entre el pueblo, intimémosles severamente que no hablen en adelante a nadie de este Nombre. Y habiéndolos llamado les ordenaron que en absoluto ni se expresaran ni enseñaran en el nombre de Jesús. Advierte la impudencia de ellos y la sabiduría de los Apóstoles. Pues Pedro y Juan respondiendo les dijeron: Discernid vosotros mismos si es razonable ante Dios atenderos a vosotros antes que a Dios. No nos es posible, en efecto, dejar de decir lo que sabemos y lo que hemos oído. Entonces ellos, habiendo insistido en sus amenazas, los dejaron libres, pues no hallaban la manera de castigarlos a causa del pueblo.

A ellos los milagros les cerraban la boca; y ellos no querían permitirles a los Apóstoles hablar; y por de pronto en forma excesiva-

mente injuriosa les impedían seguir predicando. *Pues todos glorificaban a Dios por lo sucedido, ya que pasaba de los cuarenta años el hombre en quien se había realizado el milagro de la curación.* Pero ¡ea! volvamos sobre lo que acabamos de decir: *¿Qué haremos con estos hombres?* Desde luego en todo proceden buscando la gloria humana. Pero ahora tenían además otro propósito, que era el de no parecer sanguinarios. Por esto más tarde dijeron a los Apóstoles: *¿Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre?* ⁴.

Intimémosles severamente que no hablen en adelante a nadie en este Nombre. ¡Oh necesidad! Persuadidos de que Cristo había resucitado y teniendo con esto un argumento de ser El Dios, sin embargo esperaban ahora poder con sus estratagemas detener la obra de Aquel a quien no pudo detener la muerte. ¿Qué hay que a semejante locura se iguale? No te admires de que intenten de nuevo lo que antes no pudieron llevar a cabo. Así es la perversidad: a nada atiende y en todo anda turbada. Molestos por lo sucedido, se hallaban en tal disposición de ánimo como si hubieran sido engañados: cosa que suele suceder a quienes han sido derrotados y burlados.

Porque los Apóstoles en todas partes decían que Dios había resucitado a Cristo y que el cojo había recobrado la salud en nombre de Cristo, demostrando que realmente Jesús había resucitado. Por lo demás, los mismos del tribunal creían en la resurrección, aunque fríamente y a lo niño; pero, en fin, creían. Pero en la Resurrección de Jesús no creen y se alborotan y entre sí consultan qué harán. ¿Acaso no era suficiente para persuadirlos a que nada hicieran a los Apóstoles la franqueza misma de éstos en hablar? Yo pregunto: ¿Por qué no crees, oh judío? Pues lo conveniente era fijarse en el milagro y en lo que los Apóstoles decían y no en la perversidad de muchos. Y ¿por qué no los entregaron a los romanos? Porque ya tenían mala fama ante ellos, después de lo que le habían hecho a Cristo. De modo que a sí mismos se dañaban al procurar que se retardara la denuncia oficial. No procedieron así respecto de Cristo, sino que habiéndolo aprehendido hacia la medianoche, al punto lo entregaron a los romanos y no lo retardaron, temerosos en gran manera de la multitud.

En cambio, acerca de los Apóstoles no se sentían con entera confianza. No los llevaron a Pilato por vergüenza de los sucesos pasados y para que no fueran reprendidos a causa de ellos. *Al día siguiente se congregaron sus jefes y los ancianos y los escribas en Jerusalén.* Otra vez se reúne el concejo en Jerusalén, y allí se derrama sangre; y no respetaron la ciudad. Dice: *Anás y Caifás.* Pedro no había soportado

ni siquiera a la criada de Caifás, cuando ésta le preguntaba; y bajo Caifás, había negado a Cristo mientras Cristo estaba prisionero. Pero ahora se presenta en medio de ellos y advierte lo que les dice: *Puesto que nosotros somos interrogados en juicio acerca de la curación de este hombre enfermo y en virtud de quién ha recobrado la salud, quede patente a todos vosotros.*

Pero, oh Pedro: si ellos preguntan en nombre de quién habéis hecho esto ¿por qué no lo declaras? ¿por qué lo ocultas? ¿En nombre de quién habéis hecho esto vosotros? Respondió Pedro: Nosotros no lo hemos hecho. Advierte su prudencia. No dice al punto: lo hicimos en nombre de Jesús; sino ¿qué?: *En nombre de Este el que tenéis ante vosotros está curado.* No dice lo hemos sanado nosotros. Y también: *Puesto que somos interrogados en juicio acerca de la curación de este hombre enfermo.* Los punza advirtiéndoles que siempre andan con las mismas acusaciones y reprendiendo los beneficios que se hacen a los demás hombres; y les trae a la memoria los sucesos pasados y que siempre recurren al asesinato; y no sólo eso sino que además recriminan los beneficios. ¿Adviertes el peso que tienen sus palabras?

En tales cosas se ejercitaban y se quedaban impertérritos. Por lo demás, Pedro les hace ver que ellos aun contra su voluntad pregonan a Cristo; y que con juzgar y examinar lo que hacen es ensalzar el dogma de la Resurrección.

A quien vosotros crucificasteis. ¡Válgame el cielo! ¡Qué gran libertad en expresarse! *A quien Dios resucitó de entre los muertos.* Esto indica una libertad todavía mayor. Pues es como decirles: No creáis que nosotros ocultamos las ignominias. Tan lejos estamos de eso, que incluso libremente las publicamos. Esto les dice Pedro casi como un improperio; y no lo dice a la ligera ni como de paso, sino que en ello hace hincapié. *Esta es la piedra desechada por vosotros los constructores.* Y luego, haciéndoles ver que ellos mismos lo han esclarecido, dice: *Que ha venido a ser clave de arco.* Como quien dice: El que por su naturaleza era de gran precio y en todo aprobado, aquí fue reprobado. ¡Tan gran franqueza para expresarse les había producido el milagro! Considera cómo cuando se trata de enseñar citan muchas profecías; mas cuando han de expresarse con franqueza sólo declaran sus propios pensamientos.

No hay otro Nombre dado a los hombres sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos. Lo dice porque se ha dado ese Nombre

no para solos, ellos, sino para todos los hombres. Y en esto los pone a ellos mismos como testigos. Preguntan ellos: *¿En nombre de quién hicisteis esto?* Responde Pedro: *En nombre de Cristo*. Además dice: *No hay otro Nombre sobre la tierra*. Así que ¿por qué preguntáis? Pues por todas partes esto es manifiesto. *No hay otro Nombre*, les dice, *sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos*. Palabras son éstas propias de quien desprecia la vida presente, como lo demuestra su gran franqueza en expresarse. Por aquí se ve también que cuando Pedro habla de Jesús en cuanto hombre, no lo hace por temor, sino atemperándose a sus oyentes. Ahora, en cambio, como ya es tiempo, se eleva en su lenguaje; de manera que también por este otro motivo deja estupefactos a sus oyentes. Es este otro prodigio no inferior al precedente.

Reconocían los judíos que ellos habían andado con Jesús. No sin motivo anotó esto el evangelista, sino para declarar en dónde habían estado antes. Como si dijera: ahí, cuando la Pasión. Porque estaban ellos solos en grupo, cuándo aquéllos los vieron humildes y abatidos. De modo que ahora los llenaba de admiración aquella repentina mudanza. Anteriormente estaban allá Anás y Caifás; y también los Apóstoles les estaban presentes. Por tal motivo ahora los dejaba estupefactos aquella tan grande franqueza en hablar; pues no sólo en sus palabras demostraban que para nada se cuidaban de estar siendo juzgados acerca del milagro y de hallarse en extremo peligro, sino que con su postura, su voz, su aspecto y todo su conjunto, daban a conocer ante el pueblo su plena libertad de expresión.

Quizá se admiraban los jueces de ver que aquellos hombres eran ignorantes y plebeyos juntamente. Porque puede alguno ser plebeyo, pero no ignorante; o ignorante, pero no plebeyo. Mas aquí Lucas declara que era, ambas cosas a la vez. Dice: *Habiéndose averiguado*. ¿Por dónde? Por lo que acabamos de decir. Pedro no pronuncia largos discursos; pero por el modo de enunciar el pensamiento y ordenar la frase se muestra confiado. Y habrían procedido contra ellos más acremente si no hubiera estado con ellos el hombre sanado.

Reconocían que habían estado con Jesús. En consecuencia, creían que semejantes cosas las habían aprendido de Jesús; y que precedían a todos como buenos discípulos. Por lo demás, el milagro mismo lanzaba voces no menos claras que las palabras de los Apóstoles; de manera que el milagro sobre todo les cerraba las bocas. Les dice Pedro: *Discernid vosotros mismos si es razonable atenderos a vosotros antes*

que a Dios. Y cuando ya fue menor el miedo (puesto que el amenazarlos equivalía ya a darlos libres), se expresaron con más suavidad: ¡tan lejos se hallaban de la arrogancia!

Como el milagro es manifiesto *no lo podemos negar*, dicen. En consecuencia, si no fuera tan manifiesto lo habrían negado, o sea si no estuviera confirmado por el testimonio de todos, pues todos conocían al sanado. Así es la perseverancia: ¡petulante en su audacia! *Intimémosles severamente*. ¿Qué decís? ¿Esperáis detener la predicación a fuerza de amenazas? Por lo demás, en todo siempre son arduos y difíciles los comienzos. Disteis muerte al Maestro y no detuvisteis la predicación. Y ¿pensáis ahora que con amenazas nos vais a infundir terror para que no prediquemos? Las cadenas no lograron persuadirnos a predicar más flojamente; ¿y ahora vosotros nos lo vais a persuadir? ¿A nosotros, que tenemos en nada vuestras amenazas?

Les dice, pues, Pedro: *Si acaso es razonable ante Dios atenderos a vosotros antes que a Dios*. Ponen aquí Dios en vez de Cristo. ¿Adviertes cómo ahora se ha cumplido lo que decía Cristo: *Mirad que os envió como ovejas entre lobos: no los temáis*?⁵. Y luego confirman la Resurrección con lo que añaden: *Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que vimos y lo que oímos*. Somos, pues, nosotros testigos fidedignos, y vosotros en vano nos amenazáis. Cuando convenía cambiar de proceder en vista del suceso por el cual todo el pueblo glorificaba a Dios, proceden al contrario y amenazan muertes: ¡tan enemigos eran de Dios! Y habiéndoles repetido las amenazas, los dejaron libres.

Por aquí los Apóstoles quedaron más esclarecidos e ilustres. Pues dice Cristo: *Mi poder en la flaqueza se manifiesta a la perfección* (2 Cor XII, 9). Han dado ya su testimonio, preparados para todo. ¿Qué significa: *Nosotros no podemos no decir lo que vimos y lo que oímos*? Como si les dijera: Si es falso, demostradlo; y si verdadero, ¿por qué se nos prohíbe? Esto es sabiduría y prudencia. Y en conclusión, los judíos viven en angustias; los Apóstoles en alegría. Aquéllos en mucha vergüenza, mientras éstos proceden con grande confianza. Aquéllos temen, mientras éstos están llenos de seguridad. Pregunto yo: ¿Quiénes eran los que temían? ¿Los que decían: *Que esto ya no se divulgue*; o los que decían: *No podemos no decir lo que vimos y lo que oímos*? Ciertamente estos últimos poseían mayor gozo, libertad y alegría, mientras los otros andaban con tristeza, vergüenza y miedo, pues temían al pueblo. Los Apóstoles decían cuanto querían; los ju-

díos ni siquiera podían hacer lo que querían. De modo que en realidad ¿quiénes eran los que estaban atados y en peligro? Ciertamente que no eran sobre todo los Apóstoles.

Apeguémonos a la virtud. No usemos de todo lo dicho únicamente para deleite y consuelo. No ¡carísimos! ¡No es esto un teatro ni un espectáculo de citaristas y de trágicos que tenga como fruto únicamente el deleite; de manera que terminado el día, también se haya acabado el placer! Y aun ojalá fuera solamente ese fruto del placer. El hecho es que del teatro vuelve cada cual llevando consigo a su casa muchas cosas que se han amasado en aquel lodazal. El joven, tomando algo de los cantantes satánicos que puede retener en su memoria, frecuentemente se pone a cantarlos en su casa. El viejo, como más grave y autorizado, no hace eso, pero revuelve en su memoria todo lo que allá escuchó. De manera que salís del teatro sin llevar nada de provecho. Pero ¿cómo no ha de ser esto digno de vergüenza?

Pusimos una ley.. mejor dicho no la pusimos nosotros. ¡Lejos tal cosa! Cristo dice: *A nadie llaméis Maestro sobre la tierra* ⁶. Pues bien: Cristo puso la ley de que nadie jure. Pregunto yo: ¿qué ha sucedido con esta ley? Porque no cesaré de hablar sobre esta materia, no sea que, como dice el Apóstol: *Viniendo no perdone* ⁷. Pregunto, pues: ¿Acaso cuidasteis de observarla? ¿Fuisteis en esto solícitos y empeñosos? ¿Deberé repetir de nuevo lo mismo? Pues bien, háyase hecho algo o no, yo repetiré lo mismo para que tengáis cuidado de la dicha ley y la observéis más firmemente y exhortéis a otros a lo mismo.

¿Por dónde daremos principio? ¿Queréis que lo hagamos por la Ley Antigua? Vergüenza nos da de que debiendo superar lo que en la Ley Antigua se ordenaba, ni siquiera no observemos. Convendría que no se nos repitiera eso que en la rudeza de los judíos les fue preceptuado, sino las otras leyes más perfectas, como por ejemplo: Despójate de las riquezas; mantente en fortaleza; da tu vida por la predicación; desprecia todo lo terreno; no vivas para la vida presente; haz bien a quien te hace algún daño; si alguno te defrauda, bendícelo; si habla mal de ti, hónralo; se superior a todas las miserias. Esto y cosas parecidas es lo que convenía que yo os dijera. Pero nos vemos obligados a hablaros de los juramentos.

Sucede aquí como si alguno a otro que ya debería estudiar filosofía lo quita de sus maestros y lo obliga a repasar el alfabeto y a formar las sílabas. Considera qué vergüenza sería para un hombre de espesa

barba y que porta bastón y manto ⁸, tener que acudir a los maestros de primaria con los niños, para aprender lo mismo que éstos estudian. ¿No le causaría esto grandes burlas? Pues mayores las padecemos nosotros. Porque no hay tanta diferencia entre las materias de la primaria y la filosofía cuanta es la que hay entre las leyes de los judíos y las nuestras, que es la que hay entre los ángeles y los hombres.

Te pregunto: si un ángel venido del Cielo te ordenara presentarte aquí y escuchar nuestras palabras para conforme a ellas arreglar tu conducta, ¿acaso no sería cosa de risa y de vergüenza? Pero si el sólo tener que ser enseñado en estas cosas de los judíos es ya ridículo, ¿cuán grave castigo merecerá el ni siquiera atender a ellas? ¿Cuán grande vergüenza? ¿Cómo no ha de ser vergüenza grande el que los cristianos aún anden aprendiendo a no jurar? Pues bien, reprimámonos para no ser objeto de mayor burla.

¡Ea, pues! Hablemos hoy de la Ley Antigua. ¿Qué dice?: *No acostumbres tu boca al juramento, ni te habitúes a nombrar al Santo. Pues así como un criado maltratado a la continua no queda libre de cardenales, así el que jura* ⁹.

Observa la prudencia de este sabio. No dice: no acostumbres tu mente al juramento, sino *tu boca*; porque sabía que esto es negocio de la boca y que fácilmente se corrige. Porque la costumbre va resultando sin previo propósito, como sucede con muchos que cuando entran en los baños públicos, en entrando en la puerta se santiguan. Lo hace su mano aunque nadie se lo ordene, lo hace por costumbre. Y lo mismo al encender una lámpara, la mano, mientras la mente anda en otra cosa, hace la señal de la cruz. Pues bien, del mismo modo la boca no jura por propósito de hacerlo, sino por la costumbre; de manera que todo este negocio está en la lengua. *Ni te habitúes a nombrar al Santo. Pues así como el siervo que es maltratado a la continua no quedará libre de cardenales, así tampoco el que jura*. No prohíbe aquí la sanción añadida al perjurio, sino el juramento. En consecuencia, el juramento es pecado. Y como ese siervo así es el alma: anda repleta de heridas y cardenales. ¿No caes en la cuenta? ¡Mira que es cosa grave!

Pero si quieres, podrías darte cuenta, pues Dios te dio ojos capaces para ello. Con esos ojos veía el profeta cuando decía: *Mis llagas son hedor y putridez, debido a mi locura* ¹⁰. Despreciamos a Dios, hicimos odioso su nombre bueno, pisoteamos a Cristo, perdimos la vergüenza, ya nadie pronuncia con honor el nombre de Dios. En